**Meditaciones para el Triduo Pascual – Card. Joseph Ratzinger**

**MEDITACIÓN PARA EL JUEVES SANTO**

La Pascua judía era y sigue siendo una fiesta familiar. No se celebraba en el templo, sino  en la casa. Ya en el Éxodo, en el relato de la noche oscura en que tiene lugar el paso del  ángel del Señor, aparece la casa como lugar de salvación, como refugio. Por otra parte, la  noche de Egipto es imagen de las fuerzas de la muerte, de la destrucción y del caos, que  surgen siempre de las profundidades del mundo y del hombre y amenazan con destruir la  creación «buena» y con transformar el mundo en desierto, en lugar inhabitable. En esta  situación, la casa y la familia ofrecen protección y abrigo; en otras palabras: el mundo ha de  ser continuamente defendido contra el caos; la creación ha de ser siempre amparada y  reconstruida.

En el calendario de los nómadas, de los cuales heredó Israel la fiesta pascual, la Pascua  era el primer día del año, el día en que Israel había de ser nuevamente defendido contra la  amenaza de la nada. La casa y la familia son como el valle en que la vida se halla protegida,  el lugar de la seguridad y de la paz; la paz del habitar juntos, que permite vivir y guarda la  creación. También en tiempos de Jesús se celebraba la Pascua en las casas, en las familias,  luego de la inmolación de los corderos en el templo. Estaba prohibido abandonar la ciudad  de Jerusalén en la noche de Pascua. Toda la ciudad se consideraba lugar de salvación  contra la noche del caos, y sus muros eran como diques que defendieran la creación.

Todos los años, por Pascua, Israel debía acudir en peregrinación a la ciudad santa, para  volver a sus orígenes, para ser creado de nuevo, para recibir otra vez su salvación, su  liberación y fundamento. Hay aquí una profunda sabiduría. A lo largo de un año, un pueblo  se halla siempre en peligro de disgregarse, no sólo exteriormente, sino también desde  dentro, y de perder así las bases interiores que lo sustentan y rigen. Tiene necesidad de  volver a sus antiguos fundamentos. La Pascua representaba este retorno anual de Israel,  desde los peligros de aquel caos que amenaza a todo pueblo a aquello que antaño lo había  fundado y que continuaba edificándolo en todo momento, a su ininterrumpida defensa y a la  nueva creación de sus orígenes. Y puesto que Israel sabía que sobre él brillaba la estrella  de la elección, era también consciente de que su buena o malaventura traería  consecuencias para el mundo entero, que en su existencia o en su fracaso se jugaba el  destino de la tierra y de la creación.

También Jesús celebró la Pascua conformándose al espíritu de esta prescripción: en  casa, con su familia, con los apóstoles, que se habían convertido en su nueva familia.  Obrando de este modo, obedecía también a un precepto entonces vigente, según el cual los  judíos que acudían a Jerusalén podían establecer asociaciones de peregrinos, llamadas  chaburot, que por aquella noche constituían la casa y la familia de la Pascua. Y es así  como la Pascua ha venido a ser también una fiesta de los cristianos. Nosotros somos la  chaburah de Jesús, su familia, la que el fundó con sus compañeros de peregrinación, con  los amigos que con él recorren el camino del Evangelio a través de la tierra y de la historia.

Como compañeros suyos de peregrinación, nosotros somos su casa, y de esta suerte la  Iglesia es la nueva familia y la nueva ciudad que es para nosotros lo que fue Jerusalén, casa  viviente que aleja las fuerzas del mal y lugar de paz que protege a la creación y a nosotros  mismos. La Iglesia es la nueva ciudad en cuanto familia de Jesús; es la Jerusalén viviente,  cuya fe es barrera y muralla contra las fuerzas amenazantes del caos, que se confabulan  para destruir el mundo. Sus murallas se hacen fuertes en virtud del signo de la sangre de  Cristo, es decir, en virtud del amor que llega hasta el fin y que no conoce límites. Este amor  es la potencia que lucha contra el caos; es la fuerza creadora que funda continuamente al  mundo, los pueblos y las familias, y de este modo nos ofrece el shalom, el lugar de la paz,  en el que podemos vivir el uno con el otro, el uno para el otro, el uno proyectado hacia el  otro.

Pienso que, sobre todo en  nuestro tiempo, existen sobradas razones para reflexionar de nuevo sobre tales analogías y  referencias, y para dejar que ellas nos hablen. Porque no podemos menos de ver la fuerza  del caos; no podemos menos de ver cómo surgen, precisamente en el seno de una  sociedad desarrollada que parece saberlo y poderlo todo, las fuerzas primordiales del caos  que se oponen a lo que esa sociedad define como progreso. Vemos cómo un pueblo que ha  llegado a la cúspide del bienestar, de la capacidad técnica y del dominio científico del  mundo, puede ser destruido desde dentro, y cómo la creación es amenazada por las  oscuras potencias que anidan en el corazón del hombre y cuya sombra se cierne sobre el  mundo.

Sabemos por experiencia que la técnica y el dinero no pueden por sí solos alejar la  capacidad destructiva del caos. Únicamente pueden hacerlo las murallas auténticas que el  Señor nos ha construido y la nueva familia que nos ha dado. Y yo pienso que, por este  motivo, la fiesta pascual, que nosotros hemos recibido de los nómadas a través de Israel y  de Cristo, tiene también una importancia política eminente en el más profundo de los  sentidos. Nuestros pueblos de Europa tienen necesidad de volver a sus fundamentos  espirituales si no quieren perecer, víctimas de la autodestrucción.

Esta fiesta debería volver a ser hoy una fiesta de la familia, que es el auténtico  dique puesto para defensa de la nación y de la humanidad. Quiera Dios que alcancemos a  comprender de nuevo esta admonición, de suerte que renovemos la celebración de la  familia como casa viviente, donde la humanidad crece y se vence al caos y la nada. Pero  debemos añadir que la familia, este lugar de la humanidad, este abrigo de la criatura,  únicamente puede subsistir cuando ella misma se halla puesta bajo el signo del Cordero,  cuando es protegida por la fuerza de la fe y congregada por el amor de Jesucristo. La familia  aislada no puede sobrevivir; se disuelve sin remedio si no se inserta en la gran familia, que  le da estabilidad y firmeza. Por esta razón, ésta ha de ser la noche en la que rehacemos el  camino que conduce a la nueva ciudad, a la nueva familia, a la Iglesia; la noche en que de  nuevo nos adherimos a ella con el más firme de los vínculos, como a la patria del corazón.  En esta noche deberíamos aprender de esta familia de Jesucristo a conocer mejor a la  familia humana y a la humanidad que ha de guiarnos y protegernos.

Se nos ofrece otra reflexión. Israel heredó esta fiesta del culto y de la cultura de los  nómadas. Celebraban éstos la fiesta de la primavera el día en que iniciaban una nueva  migración con sus rebaños. Lo primero que se hacía era trazar con sangre de cordero un  círculo en torno a las tiendas. Con este gesto trataban de defenderse seguramente contra  las fuerzas de la muerte, a las que deberían enfrentarse en no pocas ocasiones en el  mundo desconocido del desierto. La ceremonia se llevaba a cabo con las vestimentas del peregrino en el momento de la partida, con la comida de los nómadas, el cordero, las  hierbas amargas, que sustituían a la sal, y con el pan sin levadura. Israel ha heredado de sus tiempos de nomadismo estos elementos fundamentales en la celebración tradicional de la fiesta, y la Pascua le ha recordado siempre el tiempo en que era un pueblo sin hogar, un pueblo en camino y sin patria. Esta fiesta le ha traído siempre a la memoria que, aun cuando  tenemos casa, seguimos siendo nómadas; como hombres que somos, nunca nos hallamos  definitivamente en casa, estamos siempre con el pie en el estribo. Y pues vamos de camino  y nada nos pertenece, todo cuanto poseemos es de todos y nosotros mismos somos el uno  para el otro. La Iglesia primitiva tradujo la palabra Pascha como «paso», y expresó de este  modo el camino de Jesucristo a través de la muerte hasta la nueva vida de la Resurrección.

PEREGRINO: Por este motivo, la Pascua ha sido siempre, y sigue siendo hoy para  nosotros, fiesta de la peregrinación; también a nosotros nos dice: somos únicamente  huéspedes en la tierra; todos somos huéspedes de Dios. Por eso nos exhorta a sentirnos  hermanos de aquellos que son huéspedes, pues nosotros mismos no somos otra cosa que  huéspedes. Somos tan sólo huéspedes en la tierra; el Señor, que se hizo él mismo huésped  y nómada, nos pide que nos abramos a todos aquellos que en este mundo han perdido la  patria; espera de nosotros que nos pongamos a disposición de los que sufren, de los  olvidados, de los encarcelados, de los perseguidos. Él está presente en todos ellos. En la  ley de Israel, cuando se dan normas para el tiempo en que el pueblo se establezca  definitivamente en la tierra prometida, se insiste en prescribir que los peregrinos sean  tratados igual que todos; y al hacerlo, se acude siempre a las palabras: «¡Recuerda que tú  mismo fuiste nómada y peregrino!» Somos nómadas y peregrinos. Este es el punto de vista  desde el que debemos entender la tierra, nuestra vida misma, el ser el uno para el otro.

Estamos tan sólo de paso en la tierra, y esto nos hace recordar nuestra más secreta y  profunda condición de peregrinos; nos hace recordar que la tierra no es nuestra meta  definitiva, que estamos en camino hacia el mundo nuevo, y que las cosas de la tierra no  constituyen la realidad última y definitiva. Apenas nos atrevemos a decirlo, porque se nos  echa en cara que los cristianos no se han preocupado nunca de las cosas terrenas, que no  se han entregado en serio a edificar la ciudad nueva de este mundo, siempre con el pretexto  de que tenían en el otro su morada. Nada de esto es verdad. Quien se zambulle en el  mundo, aquel que ve en la tierra el único cielo, hace de la tierra un infierno, porque la fuerza  a ser lo que no puede ser, porque quiere poseer en ella la realidad definitiva, y de esta  suerte exige algo que le enfrenta consigo mismo, con la verdad y con los demás.

No; nos hacemos libres, libres de la codicia de poseer, justamente cuando  tomamos conciencia de nuestro ser nómadas; es entonces cuando nos hacemos libres los  unos para los otros, y es entonces también cuando se nos confía la responsabilidad de  transformar la tierra, hasta que podamos un día depositarla en las manos de Dios. Por esta  razón, esta noche del tránsito, que nos recuerda el último y definitivo trayecto del Señor, ha  de ser para nosotros exhortación constante a recordar nuestro último viaje y a no echar en  olvido que un día debemos abandonar todo cuanto poseemos, y que, al final de la vida, lo  que de veras cuenta no es lo que tenemos, sino únicamente lo que somos; que, a lo último,  deberemos responder sobre cómo -fundados en la fe- hemos sido personas en este mundo,  personas que se han dado recíprocamente la paz, la patria, la familia y la nueva ciudad.

La Pascua se celebraba en casa. Así lo hizo también Jesús. Pero después de la comida, él  se levantó y salió fuera, rebasó los límites establecidos por la ley, porque pasó al otro lado  del torrente Cedrón, que señalaba los confines de Jerusalén. No tuvo miedo del caos, no  quiso esquivarlo, se adentró en él hasta lo más profundo, hasta las fauces mismas de la  muerte. Jesús salió, y esto significa que, pues las murallas de la Iglesia son la fe y el amor  de Jesucristo, la Iglesia no es plaza fortificada, sino ciudad abierta; y, en consecuencia,  creer significa salir también con Jesucristo, no temer el caos, porque Jesús es el más fuerte,  porque él penetró en ese caos, y nosotros, al afrontarlo, le seguimos a «él». Creer significa  salir fuera de los muros y, en medio de este mundo caótico crear espacios de fe y de amor,  fundados en la fuerza de Jesucristo. El Señor salió fuera: éste es el signo de su fuerza. Bajó  a la noche de Getsemaní, a la noche de la cruz, a la noche del sepulcro. Y pudo bajar  porque, frente al poder de la muerte, él es el más fuerte; porque su amor lleva en sí el amor  de Dios, que es más poderoso que las fuerzas de la destrucción. Su victoria, por tanto, se  hace real justamente en este salir, en el camino de la Pasión, de suerte que, en el misterio  de Getsemaní, se halla ya presente el misterio del gozo pascual. Él es el  más fuerte; no hay potencia que pueda resistírsele ni lugar que él no llene con su presencia.  Nos invita a todos a emprender el camino con él, pues donde hay fe y amor, allí está él, allí  la fuerza de la paz, que vence la nada y la muerte.

Al finalizar la liturgia del Jueves Santo, la Iglesia imita el camino de Jesús trasladando al  Santísimo desde el tabernáculo a una capilla lateral, que representa la soledad de  Getsemaní, la soledad de la mortal angustia de Jesús. En esta capilla rezan los fieles;  quieren acompañar a Jesús en la hora de su soledad. Este camino del Jueves Santo no ha  de quedar en mero gesto y signo litúrgico. Ha de comprometernos a vivir desde dentro su  soledad, a buscarle siempre, a él, que es el olvidado, el escarnecido, y a permanecer a su  lado allí donde los hombres se niegan a reconocerle. Este camino litúrgico nos exhorta a  buscar la soledad de la oración. Y nos invita también a buscarle entre aquellos que están  solos, de los cuales nadie se preocupa, y renovar con él, en medio de las tinieblas, la luz de  la vida, que «él» mismo es. Porque es su camino el que ha hecho posible que en este  mundo se levante el nuevo día, la vida de la Resurrección, que ya no conoce la noche. En la  fe cristiana alcanzamos esta promesa.

Pidamos a Jesús en esta Cuaresma que haga resplandecer su luz por encima de todas las  oscuridades de este mundo; que nos haga entender, también a nosotros, que él permanece  siempre a nuestro lado en la hora de la soledad y el vacío, en la noche de este mundo, y  que así edifica, por nuestro medio, la nueva ciudad de este mundo, el lugar de su paz, de la  nueva creación.

*JOSEPH RATZINGER  
EL CAMINO PASCUAL  
BAC POPULAR MADRID-1990.Págs. 107-113*

**El lavatorio de los pies**

En esta meditación quisiera interpretar un aspecto de la visión del misterio pascual que  hallamos en el Evangelio de Juan. Muchos exegetas actuales se hallan de acuerdo en que el Evangelio de Juan se divide en  dos partes:

a) un libro de los signos: c.2-12;

b) un libro de la gloria: c.13-21.

En esta distribución, sin duda, se acentúa con fuerza el misterio de los tres días, el  misterio pascual. Los signos anuncian e interpretan anticipadamente la realidad de estos  días, cuyo contenido principal se indica con la palabra «gloria».

1. En esta estructura, el capítulo 13 tiene una importancia particular. La primera parte del  mismo expone, a través del gesto simbólico del lavatorio de los pies, el significado de la vida  y de la muerte de Jesús. En esta visión desaparece la frontera entre la vida y la muerte del  Señor, las cuales se presentan como un acto único, en el que Jesús, el Hijo, lava los pies  sucios del hombre. El Señor acepta y realiza el servicio del esclavo, lleva a cabo el trabajo  más humilde, el más bajo quehacer del mundo, a fin de hacernos dignos de sentarnos a la  mesa, de abrirnos a la comunicación entre nosotros y con Dios, para habituarnos al culto, a  la familiaridad con Dios.

El lavatorio de los pies representa para Juan aquello que constituye el sentido de la vida  entera de Jesús: el levantarse de la mesa, el despojarse de las vestiduras de gloria, el  inclinarse hacia nosotros en el misterio del perdón, el servicio de la vida y de la muerte  humanas. La vida y la muerte de Jesús no están la una al lado de la otra; únicamente en la  muerte de Jesús se manifiesta la sustancia y el verdadero contenido de su vida. Vida y  muerte se hacen transparentes y revelan el acto de amor que llega hasta el extremo, un  amor infinito, que es el único lavatorio verdadero del hombre, el único lavatorio capaz de  prepararle para la comunión con Dios, es decir, capaz de hacerle libre. El contenido del  relato del lavatorio de los pies puede, por tanto, resumirse del modo siguiente: compenetrarse, incluso por el camino del sufrimiento, con el acto divino-humano del amor,  que por su misma esencia es purificación, es decir, liberación del hombre. Esta visión que nos ofrece San Juan contiene, además, algunos aspectos  complementarios:

a) Si las cosas son así, la única condición de la salvación es el «sí» al amor de Dios, que  se hace posible en Jesús. Esta afirmación no expresa en modo alguno una idea de  apokatástasis general, que caería en el error de hacer de Dios una especie de mago y  que destruiría la responsabilidad y la dignidad del hombre. El hombre es capaz de rechazar  el amor liberador; el Evangelio nos muestra dos tipos de un rechazo semejante. El primero  es el de Judas. Judas representa al hombre que no quiere ser amado, al hombre que  piensa sólo en poseer, que vive únicamente para las cosas materiales. Por esta razón, San  Pablo dice que la avaricia es idolatría (Col 3,5), y Jesús nos enseña que no es posible  servir a dos señores. El servicio de Dios y el de las riquezas se excluyen entre sí; el camello  no pasa por el hondón de la aguja (Mc 10,25).

b) Pero hay otro tipo de rechazo de Dios; además del rechazo del materialista, se da  también el del hombre religioso, representado aquí por Pedro. Existe el peligro que San  Pablo llamó «judaísmo» y que es duramente criticado en las cartas paulinas; consiste este  peligro en que el «devoto» no quiera aceptar la realidad, es decir, no quiera aceptar que  también él tiene necesidad del perdón, que también sus pies están sucios. El peligro que  corre el devoto consiste en pensar que no tiene necesidad alguna de la bondad de Dios, en  no aceptar la gracia; es el riesgo a que se halla expuesto el hijo mayor en la parábola del  hijo pródigo, el riesgo de los obreros de la primera hora (Mt 20,1-16), el peligro de aquellos  que murmuran y sienten envidia porque Dios es bueno. Desde esta perspectiva, ser cristiano significa dejarse lavar los pies o, en otras palabras,  creer.

2. Vemos así que, a través de la escena del lavatorio de los pies, el evangelista interpreta  no sólo la cristología y la soteriología, sino también la antropología cristiana. Para ilustrar esta afirmación quisiera esbozar ahora tres puntos:

a) Además de la vida y de la muerte de Jesús, esta visión comprende también los  sacramentos del bautismo y de la penitencia, que nos sumergen en las aguas del amor de  Jesús: la vida y la muerte de Jesús, el bautismo y la penitencia, constituyen juntamente el  lavatorio divino, que nos abre el camino de la libertad y nos permite acceder a la mesa de la  vida.

b) En esta escena se interpreta también el contenido espiritual del bautismo: el «sí»  constante al amor, la fe como acto central de la vida del espíritu. c) De estos dos puntos se desprende una eclesiología y una ética cristianas. Aceptar el  lavatorio de los pies significa tomar parte en la acción del Señor, compartirla nosotros  mismos, dejarnos identificar con este acto. Aceptar esta tarea quiere decir: continuar el  lavatorio, lavar con Cristo los pies sucios del mundo. Jesús dice: «Si yo, pues, os he lavado  los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también habéis de lavaros vosotros los pies unos  a otros» (13,14). Estas palabras no son una simple aplicación moral del hecho dogmático,  sino que pertenecen al centro cristológico mismo. El amor se recibe únicamente amando.

Según el Evangelio de Juan, el amor fraterno se halla entrañado en el amor trinitario. Este  es el «mandato nuevo, no en el sentido de un mandamiento exterior, sino como estructura  íntima de la esencia cristiana. En este contexto, no carece de interés poner de relieve que  San Juan no habla nunca de un amor universal entre todos los hombres, sino únicamente  del amor que ha de vivirse en el interior de la comunidad de los hermanos, es decir, de los  bautizados.

No faltan teólogos modernos que critican esta posición de San Juan y  hablan de una limitación inaceptable del cristianismo, de una pérdida de universalidad. Es  cierto que existe aquí un peligro y que se hace necesario acudir a textos complementarios,  como la parábola del samaritano y la del juicio final.

Pero, entendido en el  contexto de todo el Nuevo Testamento, en su indivisible unidad, Juan expresa una verdad  muy importante: el amor en abstracto nunca tendrá fuerza en el mundo si no hunde sus  raíces en comunidades concretas, construidas sobre el amor fraterno. La civilización del  amor sólo se construye partiendo de pequeñas comunidades fraternas. Hay que empezar  por lo concreto y singular para llegar a lo universal. La construcción de espacios de  fraternidad no es hoy menos importante que en tiempos de San Juan o de San Benito. Con  la fundación de la fraternidad de los monjes, San Benito se nos revela como el verdadero  arquitecto de la Europa cristiana; él fue quien construyó los modelos de la nueva ciudad,  inspirados en la fraternidad de la fe.

Volviendo al Evangelio, podemos afirmar que el relato del lavatorio de los pies tiene un  contenido muy concreto: la estructura sacramental implica la estructura eclesial, la  estructura de la fraternidad. Esta estructura significa que los cristianos han de estar siempre  dispuestos a hacerse esclavos los unos de los otros, y que únicamente de este modo  podrán realizar la revolución cristiana y construir la nueva ciudad.

3. Quisiera añadir a esta meditación dos exégesis de San Agustín a propósito del lavatorio  de los pies; con estas interpretaciones, el Obispo de Hipona explica la tensión de su vida  entre contemplación y servicio cotidiano.

a) En una primera consideración, san Agustín reflexiona sobre estas palabras del  Señor: “Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está  limpio» (/Jn/13/10). El Santo se pregunta qué quiere decir: si uno se ha bañado, es decir,  bautizado, todo él está limpio; ¿por qué y en qué sentido tiene necesidad de lavarse los  pies? ¿Qué puede significar este lavatorio de los pies, siempre necesario después de  haberse bañado, después del bautismo? Así responde el Santo Doctor: sin duda, el  bautismo nos ha limpiado enteramente, incluso los pies. Estamos «limpios»; pero, mientras  vivimos aquí abajo, nuestros pies pisan la tierra de este mundo. «Pues los mismos afectos  humanos, sin los cuales no hay vida en esta nuestra condición mortal, son como los pies,  con los cuales entramos en contacto con las realidades humanas; y estas realidades nos  alcanzan de tal manera, que si dijéramos que estamos libres de pecado nos engañaríamos a  nosotros mismos» (AUGUSTINUS, Tract. in Johan, LVI 4; C. Chr. XXXVI 468). Pero el Señor  está en presencia de Dios y, en virtud de su intercesión, nos lava los pies día tras día en el  momento en que nuestros labios pronuncian la oración: perdona nuestras deudas. Todos  los días, cuando rezamos el Padrenuestro, el Señor se inclina hacia nosotros, toma una  toalla y nos lava los pies.

b) San Agustín reflexiona inmediatamente después sobre otro texto de la Escritura,  tomado del Cantar de los Cantares, en el que encuentra unos versículos -a primera vista  enigmáticos, según él- sobre el tema del lavatorio de los pies. En el capítulo 5 del Cantar  hallamos la siguiente escena: la esposa se encuentra en el lecho y duerme, pero su corazón  vela. De pronto, un rumor la despierta; el amado llama: «¡Abreme, hermana mía!» La  esposa se resiste: «Ya me he quitado la túnica. ¿Cómo volver a vestirme? Ya me he lavado  los pies. ¿Cómo volver a ensuciarlos?»

Aquí comienza la reflexión del Santo Doctor. El amado que llama a la puerta de la esposa  es Cristo, el Señor. La esposa es la Iglesia, son las almas que aman al Señor. Pero -dice  San Agustín- ¿cómo pueden ensuciarse los pies si salen al encuentro del Señor, si van a  abrirle la puerta? ¿Cómo podría ensuciarnos los pies el camino que conduce a Cristo, el  camino que lava nuestros pies? Ante semejante paradoja, San Agustín descubre algo  decisivo para su vida de pastor, para resolver el dilema entre su deseo de oración, de  silencio, de intimidad con Dios y las exigencias del trabajo administrativo, de las reuniones,  de la vida pastoral. El obispo dice: la esposa que se resiste a abrir son los contemplativos  que buscan el retiro perfecto, se apartan por completo del mundo y quieren vivir  exclusivamente para la belleza de la verdad y de la fe, dejando que el mundo siga su  camino. Pero llega Cristo, resuenan sus pasos, despierta al alma, llama a la puerta y dice:  «Tu vives entregada a la contemplación, pero me cierras la puerta. Tú buscas la felicidad  para unos pocos, mientras fuera crece la iniquidad y el amor de la multitud se enfría…»  Llama, pues, el Señor para sacar de su reposo a los santos ociosos y grita: «Aperi mihi,  aperi mihi et praedica me!» A decir verdad, cuando abrimos las puertas, cuando acudimos al  trabajo apostólico, nos ensuciamos inevitablemente los pies. Pero los ensuciamos por la  causa de Cristo, porque aguarda fuera la multitud y no hay otro modo de llegar a ella que  metiéndonos en la inmundicia del mundo, en medio de la cual se encuentra (Ibid.. LVII. 2-6 p.  470ss)

Así interpreta San Agustín su propia situación. Después de la conversión quiso fundar un  monasterio, abandonar definitivamente el mundo y vivir con sus amigos dedicado por entero  a la verdad, a la contemplación. Pero en el 391, cuando fue ordenado sacerdote en contra  de sus deseos el Señor vino a desbaratar este reposo, llamó a su puerta y desde entonces  no había día que no llamara; no le dejaba en paz: «¡Abreme y predica mi Nombre». Agustín  llegaría a comprender que esta llamada que escuchaba a diario era realmente la voz de  Jesús, que Jesús le impulsaba a ponerse en contacto con las miserias de la gente (por aquel  tiempo, el Santo Obispo hacía también las funciones de Khadi, de juez civil) y que, por  paradójico que esto pudiera resultar, era precisamente así como caminaba hacia Jesús,  como se acercaba al Señor. «¡Abreme y predica mi Nombre!» Ante la generosa respuesta  de San Agustín sobra todo comentario: «Y he aquí que me levanto y abro. ¡Oh Cristo, lava  nuestros pies: perdona nuestras deudas, porque nuestro amor no se ha extinguido, porque  también nosotros perdonamos a nuestros deudores! Cuando te escuchamos, exultan  contigo en el cielo los huesos humillados. Pero cuando te predicamos, pisamos la tierra para  abrirte paso; y, por ello, nos conturbamos si somos reprendidos, y si alabados, nos  hinchamos de orgullo. Lava nuestros pies, que ya han sido purificados, pero que se han  ensuciado al pisar los caminos de la tierra para abrirte la puerta (Ibid.. LVII, 6, p.472).

*JOSEPH RATZINGER  
EL CAMINO PASCUAL  
BAC POPULAR MADRID-1990.Págs. 114-120*

**SOBRE LAS TINIEBLAS DE LOS CORAZONES  
BRILLA SU LUZ**

**MEDITACIONES PARA LA NOCHE DEL SÁBADO SANTO**

1. La afirmación de la muerte de Dios resuena, cada vez con más  fuerza, a lo largo de nuestra época. En primer lugar aparece en Jean Paul 1, como una simple pesadilla. Jesús muerto proclama  desde el techo del mundo que en su marcha al más allá no ha  encontrado nada: ningún cielo, ningún dios remunerador, sino sólo  la nada infinita, el silencio de un vacío bostezante. Pero se trata  simplemente de un sueño molesto, que alejamos suspirando al  despertarnos, aunque la angustia sufrida sigue preocupándonos en  el fondo del alma, sin deseos de retirarse. Cien años más tarde es  ·Nietzsche-F quien, con seriedad mortal, anuncia con un estridente  grito de espanto: «¡Dios ha muerto! ¡Sigue muerto! ¡Y nosotros lo  hemos asesinados. Cincuenta años después se habla ya del asunto  con una serenidad casi académica y se comienza a construir una  «teología después de la muerte de Dios», que progresa y anima al  hombre a ocupar el puesto abandonado por él.

SABADO-STO/MISTERIO: El impresionante misterio del sábado  santo, su abismo de silencio, ha adquirido, pues, en nuestra época  un tremendo realismo. Porque esto es el sábado santo: el día del  ocultamiento de Dios, el día de esa inmensa paradoja que  expresamos en el credo con las palabras «descendió a los  infiernos», descendió al misterio de la muerte. El viernes santo  podíamos contemplar aún al traspasado; el sábado santo está  vacío, la pesada piedra de la tumba oculta al muerto, todo ha  terminado, la fe parece haberse revelado a última hora como un  fanatismo. Ningún Dios ha salvado a este Jesús que se llamaba su  hijo. Podemos estar tranquilos; los hombres sensatos, que al  principio estaban un poco preocupados por lo que pudiese suceder,  llevaban razón.

Sábado santo, día de la sepultura de Dios: ¿No es éste, de forma  especialmente trágica, nuestro día? ¿No comienza a convertirse  nuestro siglo en un gran sábado santo, en un día de la ausencia de  Dios, en el que incluso a los discípulos se les produce un gélido  vacío en el corazón y se disponen a volver a su casa avergonzados  y angustiados, sumidos en la tristeza y la apatía por la falta de  esperanza mientras marchan a Emaús, sin advertir que aquél a  quien creen muerto se halla entre ellos?

Dios ha muerto y nosotros lo hemos asesinado. ¿Nos hemos  dado realmente cuenta de que esta frase está tomada casi  literalmente de la tradición cristiana, de que hemos rezado con  frecuencia algo parecido en el vía-crucis, sin penetrar en la terrible  seriedad y en la trágica realidad de lo que decíamos? Lo hemos  asesinado cuando lo encerrábamos en el edificio de ideologías y  costumbres anticuadas, cuando lo desterrábamos a una piedad  irreal y a frases de devocionarios, convirtiéndolo en una pieza de  museo arqueológico; lo hemos asesinado con la duplicidad de  nuestra vida, que lo oscurece a él mismo; porque, ¿qué puede  hacer más discutible en este mundo la idea de Dios que la fe y la  caridad tan discutibles de sus creyentes?

La tiniebla divina de este día, de este siglo, que se convierte  cada vez más en un sábado santo, habla a nuestras conciencias. Se  refiere también a nosotros. Pero, a pesar de todo, tiene en sí algo  consolador Porque la muerte de Dios en Jesucristo es, al mismo  tiempo, expresión de su radical solidaridad con nosotros. El misterio  más oscuro de la fe es, simultáneamente, la señal más brillante de  una esperanza sin fronteras. Todavía más: a través del naufragio  del viernes santo, a través del silencio mortal del sábado santo,  pudieron comprender los discípulos quién era Jesús realmente y  qué significaba verdaderamente su mensaje. Dios debió morir por  ellos para poder vivir de verdad en ellos. La imagen que se habían  formado de él, en la que intentaban introducirlo, debía ser  destrozada para que a través de las ruinas de la casa deshecha  pudiesen contemplar el cielo y verlo a él mismo, que sigue siendo la  infinita grandeza. Necesitamos las tinieblas de Dios, necesitamos el  silencio de Dios para experimentar de nuevo el abismo de su  grandeza, el abismo de nuestra nada, que se abriría ante nosotros  si él no existiese.

SILENCIO/DORMIDO /Mc/04/35-41 /Mt/08/23-27  /Lc/08/22-25:

Hay en el evangelio una escena que prenuncia de forma  admirable el silencio del sábado santo y que, al mismo tiempo,  parece como un retrato de nuestro momento histórico. Cristo  duerme en un bote, que está a punto de zozobrar asaltado por la  tormenta. El profeta Elías había indicado en una ocasión a los  sacerdotes de Baal, que clamaban inútilmente a su dios pidiendo un  fuego que consumiese los sacrificios, que probablemente su dios  estaba dormido y era conveniente gritar con más fuerza para  despertarle. ¿Pero no duerme Dios en realidad? La voz del profeta  ¿no se refiere, en definitiva, a los creyentes del Dios de Israel que  navegan con él en un bote zozobrante? Dios duerme mientras sus  cosas están a punto de hundirse: ¿no es ésta la experiencia de  nuestra propia vida? ¿No se asemejan la Iglesia y la fe a un  pequeño bote que naufraga y que lucha inútilmente contra el viento  y las olas mientras Dios está ausente? Los discípulos,  desesperados, sacuden al Señor y le gritan que despierte; pero él  parece asombrarse y les reprocha su escasa fe. ¿No nos ocurre a  nosotros lo mismo? Cuando pase la tormenta reconoceremos qué  absurda era nuestra falta de fe.

Y, sin embargo, Señor, no podemos hacer otra cosa que  sacudirte a ti, el Dios silencioso y durmiente y gritarte: ¡despierta!  ¿no ves que nos hundimos? Despierta, haz que las tinieblas del  sábado santo no sean eternas, envía un rayo de tu luz pascual a  nuestros días, ven con nosotros cuando marchamos  desesperanzados hacia Emaús, que nuestro corazón arda con tu  cercanía. Tú que ocultamente preparaste los caminos de Israel para  hacerte al fin un hombre como nosotros, no nos abandones en la  oscuridad, no dejes que tu palabra se diluya en medio de la  charlatanería de nuestra época. Señor, ayúdanos, porque sin ti  pereceríamos.

………………..

1. El autor se refiere a Jean Paul F. Richter (1763-1825), que después de  cursar sus estudios de teología en Leipzig se dedicó a la literatura, dándose a  conocer con el simple nombre de Jean Paul (N. T.).

2. IMPOTENCIA: El ocultamiento de Dios en este mundo es el  auténtico misterio del sábado santo, expresado en las enigmáticas  palabras: Jesús «descendió a los infiernos». La experiencia de  nuestra época nos ayuda a profundizar en el sábado santo, ya que  el ocultamiento de Dios en su propio mundo —que debería alabarlo  con millares de voces—, la impotencia de Dios, a pesar de que es el  todopoderoso, constituye la experiencia y la preocupación de  nuestro tiempo.

INFIERNOS/DESCENDIO: Pero, aunque el sábado santo  expresa íntimamente nuestra situación, aunque comprendamos  mejor al Dios del sábado santo que al de las poderosas  manifestaciones en medio de tormentas y tempestades, como las  narradas por el Antiguo Testamento, seguimos preguntándonos qué  significa en realidad esa fórmula enigmática: Jesús «descendió a los  infiernos». Seamos sinceros: nadie puede explicar verdaderamente  esta frase, ni siquiera los que dicen que la palabra infierno es una  falsa traducción del término hebreo sheol, que significa simplemente  el reino de los muertos; según éstos, el sentido originario de la  fórmula sólo expresaría que Jesús descendió a las profundidades  de la muerte, que murió en realidad y participó en el abismo de  nuestro destino. Pero surge la pregunta: ¿qué es la muerte en  realidad y qué sucede cuando uno desciende a las profundidades  de la muerte? Tengamos en cuenta que la muerte no es la misma  desde que Jesús descendió a ella, la penetró y asumió; igual que la  vida, el ser humano no es el mismo desde que la naturaleza humana  se puso en contacto con el ser de Dios a través de Cristo. Antes, la  muerte era solamente muerte, separación del mundo de los vivos y  —aunque con distinta intensidad— algo parecido al «infierno», a la  zona nocturna de la existencia, a la oscuridad impenetrable. Pero  ahora la muerte es también vida, y cuando atravesamos la fría  soledad de las puertas de la muerte encontramos a aquél que es la  vida, al que quiso acompañarnos en nuestras últimas soledades y  participó de nuestro abandono en la soledad mortal del huerto y de  la cruz, clamando: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has  abandonado?»

MIEDO: Cuando un niño ha de ir en una noche oscura a  través de un bosque, siente miedo, aunque le demuestren cien  veces que no hay en él nada peligroso. No teme por nada  determinado a lo que pueda referirse, sino que experimenta  oscuramente el riesgo, la dificultad, el aspecto trágico de la  existencia. Sólo una voz humana podría consolarle, sólo la mano de  un hombre cariñoso podría alejar esa angustia que le asalta como  una pesadilla. Existe un miedo —el miedo auténtico, que radica en  lo más íntimo de nuestra soledad— que no puede ser superado por  el entendimiento, sino exclusivamente por la presencia de un  amante, porque dicho miedo no se refiere a nada concreto, sino que  es la tragedia de nuestra soledad última. ¿Quién no ha  experimentado alguna vez el temor de sentirse abandonado?  ¿Quién no ha experimentado en algún momento el milagro  consolador que supone una palabra cariñosa en dicha  circunstancia? Pero cuando nos sumergimos en una soledad en la  que resulta imposible escuchar una palabra de cariño estamos en  contacto con el infierno. Y sabemos que no pocos hombres de  nuestro mundo, aparentemente tan optimista, opinan que todo  contacto humano se queda en lo superficial, que ningún hombre  puede tener acceso a la intimidad del otro y que, en consecuencia,  el sustrato último de nuestra existencia lo constituye la  desesperación, el infierno.

SEOL/QUÉ-ES: Jean Paul Sartre lo ha expresado literariamente  en uno de sus dramas, proponiendo, simultáneamente, el núcleo de  su teoría sobre el hombre. Y de hecho, una cosa es cierta: existe  una noche en cuyo tenebroso abandono no resuena ninguna voz  consoladora; hay una puerta que debemos cruzar completamente  solos: la puerta de la muerte. Todo el miedo de este mundo es, en  definitiva, el miedo a esta soledad. Por eso en el Antiguo  Testamento una misma palabra designaba el reino de la muerte y el  infierno: sheol. Porque la muerte es la soledad absoluta. Pero  aquella soledad que no puede iluminar el amor, tan profunda que el  amor no tiene acceso a ella, es el infierno.

«Descendió a los infiernos»: esta confesión del sábado santo  significa que Cristo cruzó la puerta de la soledad, que descendió al  abismo inalcanzable e insuperable de nuestro abandono. Significa  también que, en la última noche, en la que no se escucha ninguna  palabra, en la que todos nosotros somos como niños que lloran,  resuena una palabra que nos llama, se nos tiende una mano que  nos coge y guía. La soledad insuperable del hombre ha sido  superada desde que él se encuentra en ella. El infierno ha sido  superado desde que el amor se introdujo en las regiones de la  muerte, habitando en la tierra de nadie de la soledad. En definitiva,  el hombre no vive de pan, sino que en lo más profundo de sí mismo  vive de la capacidad de amar y de ser amado. Desde que el amor  está presente en el ámbito de la muerte, existe la vida en medio de  la muerte. «A tus fieles, Señor, no se les quita la vida, se les  cambia», reza la Iglesia en la misa de difuntos.

Nadie puede decir lo que significa en el fondo la frase:  «descendió a los infiernos». Pero cuando nos llegue la hora de  nuestra última soledad captaremos algo del gran resplandor de este  oscuro misterio. Con la certeza esperanzadora de que en aquel  instante de profundo abandono no estaremos solos, podemos  imaginar ya algo de lo que esto significa. Y mientras protestamos  contra las tinieblas de la muerte de Dios comenzamos a agradecer  esa luz que, desde las tinieblas, viene hacia nosotros.

3. En la oración de la Iglesia, la liturgia de los tres días santos ha  sido estudiada con gran cuidado; la Iglesia quiere introducirnos con  su oración en la realidad de la pasión del señor y conducirnos a  través de las palabras al centro espiritual del acontecimiento.

Cuando intentamos sintetizar las oraciones litúrgicas del sábado  santo nos impresiona, ante todo, la profunda paz que respiran.  Cristo se ha ocultado, pero a través de estas tinieblas impenetrables  se ha convertido también en nuestra salvación; ahora se realizan las  escuetas palabras del salmista: «aunque bajase hasta los infiernos,  allí estás tú». En esta liturgia ocurre que, cuanto más avanza,  comienzan a lucir en ella, como en la alborada, las primeras luces  de la mañana de pascua. Si el viernes santo nos ponía ante los ojos  la imagen desfigurada del traspasado, la liturgia del sábado santo  nos recuerda, más bien, a los crucifijos de la antigua Iglesia: la cruz  rodeada de rayos luminosos, que es una señal tanto de la muerte  como de la resurrección.

De este modo, el sábado santo puede mostrarnos un aspecto de  la piedad cristiana que, al correr de los siglos, quizá haya ido  perdiendo fuerza. Cuando oramos mirando al crucifijo, vemos en él  la mayoría de las veces una referencia a la pasión histórica del  Señor sobre el Gólgota. Pero el origen de la devoción a la cruz es  distinto: los cristianos oraban vueltos hacia oriente, indicando su  esperanza de que Cristo, sol verdadero, aparecería sobre la  historia; es decir, expresando su fe en la vuelta del Señor. La cruz  está estrechamente ligada, al principio, con esta orientación de la  oración, representa la insignia que será entregada al rey cuando  llegue; en el crucifijo alcanza su punto culminante la oración. Así,  pues, para la cristiandad primitiva la cruz era, ante todo, signo de  esperanza, no tanto vuelta al pasado cuanto proyección hacia el  Señor que viene. Con la evolución posterior se hizo bastante  necesario volver la mirada, cada vez con más fuerza, hacia el  hecho: ante todas las volatilizaciones de lo espiritual, ante el camino  extraño de la encarnación de Dios, había que defender la  prodigalidad impresionante de su amor, que por el bien de unas  pobres criaturas se había hecho hombre, y qué hombre. Había que  defender la santa locura del amor de Dios, que no pronunció una  palabra poderosa, sino que eligió el camino de la debilidad, a fin de  confundir nuestros sueños de grandeza y aniquilarlos desde  dentro.

FE/ESPERANZA: ¿Pero no hemos  olvidado quizás demasiado la relación entre cruz y esperanza, la  unidad entre la orientación de la cruz y el oriente, entre el pasado y  el futuro? El espíritu de esperanza que respiran las oraciones del  sábado santo deberían penetrar de nuevo todo nuestro  cristianismo. El cristianismo no es una pura religión del pasado, sino  también del futuro; su fe es, al mismo tiempo, esperanza, porque  Cristo no es solamente el muerto y resucitado, sino también el que  ha de venir.

Señor, haz que este misterio de esperanza brille en nuestros  corazones, haznos conocer la luz que brota de tu cruz, haz que  como cristianos marchemos hacia el futuro, al encuentro del día en  que aparezcas.

**Oración**- Señor Jesucristo, has hecho brillar tu luz en las tinieblas de la  muerte, la fuerza protectora de tu amor habita en el abismo de la  más profunda soledad; en medio de tu ocultamiento podemos cantar  el aleluya de los redimidos.

Concédenos la humilde sencillez de la fe que no se desconcierta  cuando tú nos llamas a la hora de las tinieblas y del abandono,  cuando todo parece inconsistente. En esta época en que tus cosas  parecen estar librando una batalla mortal, concédenos luz suficiente  para no perderte; luz suficiente para poder iluminar a los otros que  también lo necesitan.

Haz que el misterio de tu alegría pascual resplandezca en  nuestros días como el alba, haz que seamos realmente hombres  pascuales en medio del sábado santo de la historia.

Haz que a través de los días luminosos y oscuros de nuestro  tiempo nos pongamos alegremente en camino hacia tu gloria  futura.

Amén.

*J. RATZINGER. SER CRISTIANO  
SIGUEME.SALAMANCA-1967. Págs. 87-97*

**HE AQUI EL MADERO DE LA CRUZ**

**MEDITACIONES PARA EL VIERNES SANTO**

1. MIRARÁN al que traspasaron» (/Jn/19/37).

Con estas palabras cierra el evangelista Juan su exposición de la  
pasión del Señor; con estas palabras abre la visión de Cristo en el  
último libro del Nuevo Testamento, el Apocalipsis, que deberíamos  
llamar «revelación secreta». Entre esta doble cita de la palabra  
profética veterotestamentaria se halla distendida toda la historia:  
entre la crucifixión y la vuelta del Señor En estas palabras se habla,  
simultáneamente, del anonadamiento del que murió en el Gólgota  
como un ladrón, y de la fuerza del que vendrá a juzgar al mundo y a  
nosotros mismos.

«Mirarán al que traspasaron». En el fondo, todo el evangelio de  
Juan no es sino la realización de esta palabra, el esfuerzo por  
orientar nuestras miradas y nuestros corazones hacia él. Y la liturgia  
de la Iglesia no es otra cosa que la contemplación del traspasado,  
cuyo desfigurado rostro descubre el sacerdote a los ojos del mundo  
y de la Iglesia en el punto culminante del año litúrgico, la festividad  
del viernes santo. «Ved el madero de la cruz, del que cuelga la  
salvación del mundo». «Mirarán al que traspasaron».

Señor, concédenos que te contemplemos en esta hora de tu  
ocultamiento y tu anonadamiento, a través de un mundo que desea  
suprimir la cruz como una desgracia molesta, que se oculta a tu  
vista y considera una pérdida inútil de tiempo el fijarse en ti, sin  
saber que llegará un momento en que nadie podrá esconderse a tu  
mirada.

CULTO/SENTIDO: Juan da testimonio de la lanzada al crucificado  
con una especial solemnidad que deja entrever la importancia que  
concede a este hecho. En la narración, que cierra con una fórmula  
casi juramental, incluye dos citas del Antiguo Testamento que  
iluminan el sentido de este acontecimiento. «No le quebrarán hueso  
alguno», dice Juan, y cita una frase del ritual de la pascua judía,  
una de las prescripciones acerca del cordero pascual. Con esto da  
a conocer que Jesús, cuyo costado fue traspasado a la misma hora  
en que tenía lugar el sacrificio ritual de los corderos pascuales en el  
templo, es el verdadero cordero pascual, inmaculado, en quien por  
fin se realiza el sentido de todo culto y de todo ritual, y en quien se  
hace visible lo que en realidad significa el culto.

Todo culto precristiano descansaba, en el fondo, en la idea de la  
sustitución: el hombre sabe que para honrar a Dios de forma  
conveniente debe entregarse a él por completo, pero experimenta la  
imposibilidad de hacerlo y entonces introduce un sustitutivo: cientos  
de holocaustos arden sobre los altares de los antiguos,  
constituyendo un culto impresionante. Pero todo resulta inútil  
porque no hay nada que pueda sustituir en realidad al hombre: por  
mucho que éste ofrezca, siempre es poco. Así lo indican las críticas  
de los profetas al culto, imbuido de un excesivo ritualismo: Dios, al  
que pertenece todo el mundo, no necesita vuestros machos cabríos  
y vuestros toros; la pomposa fachada del rito sólo sirve para ocultar  
el olvido de lo esencial, del llamamiento de Dios, que nos quiere a  
nosotros mismos y desea que le adoremos con la actitud de un  
amor sin reservas.

Mientras los corderos pascuales sangran en el templo, muere un  
hombre fuera de la ciudad, muere el Hijo de Dios, asesinado por los  
que creen honrar a Dios en el templo. Dios muere como hombre; se  
entrega a sí mismo a los hombres, que no pueden dársele,  
sustituyendo así los cultos infructuosos con la realidad de su  
inmenso amor. La carta a los hebreos (/Hb/09/11-14) explana más a  
fondo esta breve cita del evangelio de Juan, e interpreta la liturgia  
judía del día de la reconciliación como un prólogo plástico para la  
auténtica liturgia de la vida y muerte de Jesucristo. Lo que sucedió a  
los ojos del mundo como un hecho exclusivamente profano, como el  
juicio de un hombre condenado por seductor político, fue en  
realidad la única liturgia auténtica de la historia humana; la liturgia  
cósmica por la que Jesús, no en el limitado círculo de la actividad  
litúrgica —el templo—, sino ante todo el mundo, se presenta ante el  
Padre, a través de su muerte en el verdadero templo, sin necesitar  
la sangre de las víctimas, porque se entrega a sí mismo como  
corresponde al verdadero amor. La realidad del amor que se  
entrega a sí mismo termina con todos los sustitutivos. El velo del  
templo se ha rasgado y, probablemente, ya no queda más culto que  
la participación en el amor de Jesucristo, que es el día eterno de la  
reconciliación cósmica. Naturalmente, la idea del sustituto, de la  
sustitución, ha recibido con Cristo un nuevo sentido inimaginable. A  
través de Jesucristo, Dios se ha puesto en nuestro lugar y ahora  
vivimos sólo de este misterio de la sustitución.

El segundo texto del Antiguo Testamento, incluido en la escena  
de la lanzada, deja más claro aún lo que hemos dicho, aunque es  
difícil de entender en sí mismo. Juan dice que un soldado abrió el  
costado de Jesús con una lanza (/Jn/19/34). Para ello utiliza la  
misma palabra que emplea el Antiguo Testamento en el relato de la  
creación de Eva a partir de la costilla de Adán, mientras éste  
dormía. Prescindiendo de lo que signifique exactamente esta cita,  
resulta bastante claro que el misterio creador de la unión y el  
contacto entre el hombre y la mujer se repite en la relación entre  
Cristo y la humanidad creyente. La Iglesia nació del costado abierto  
de Cristo muerto; dicho de otra forma menos simbólica: la muerte  
del Señor, la radicalidad de su amor, que alcanza hasta la entrega  
definitiva, es precisamente la que fundamenta sus frutos. Al no  
quererse encerrar en el egoísmo del que sólo vive para sí y se sitúa  
por encima de todos los otros, se abrió y salió de sí mismo a fin de  
existir para los demás, con lo que sus méritos se extienden a todas  
las épocas. El costado abierto es, pues, el símbolo de una nueva  
imagen del hombre, de un nuevo Adán; define a Cristo como al  
hombre que existe para los demás. Es posible que sólo a partir de  
aquí se comprendan las profundas afirmaciones de la fe sobre  
Jesucristo, igual que a partir de aquí resulta clara la misión  
inmediata del crucificado en nuestras vidas

AUTENTICO: La fe dice sobre Jesucristo que él es una sola  
persona en dos naturalezas; el primitivo texto griego del dogma  
afirma, con más exactitud, que es una sola «hipóstasis». Al correr  
de la historia se ha interpretado esto frecuentemente mal, como si a  
Jesucristo le faltase algo en su ser humano, como si para ser Dios le  
fuese preciso ser menos hombre en algún aspecto. Pero ocurre lo  
contrario: Jesús es el hombre verdadero, perfecto, al que debemos  
asemejarnos todos nosotros para llegar a ser realmente hombres. Y  
esto radica en que él no es «hipóstasis», estar-en-sí-mismo. Porque  
por encima del poder estar en sí mismo se encuentra el no poder ni  
querer estar en sí mismo, el salir de sí para caminar hacia los otros,  
partiendo de Dios Padre. Jesús no es otra cosa que el movimiento  
hacia el Padre y hacia los demás hombres. Y precisamente porque  
ha roto radicalmente el círculo que le rodeaba es, al mismo tiempo,  
Hijo de Dios e Hijo del Hombre. Precisamente porque existe para los  
demás es, totalmente, él mismo, meta de la verdadera esencia  
humana. Hacerse cristiano significa hacerse hombre, existir para los  
otros y existir a partir de Dios. El costado abierto del crucificado, la  
herida mortal del nuevo Adán, es el punto de partida del verdadero  
ser hombre del hombre. «Mirarán al que traspasaron».

2. Miremos de nuevo el costado abierto de Cristo crucificado, ya  
que esta mirada es el sentido íntimo del viernes santo, que desea  
apartar nuestra vista de los atractivos del mundo, de la Fata  
Morgana de sus ofrecimientos y promesas, y dirigirla hacia el  
verdadero punto que puede mantenernos orientados a través del  
laberinto de callejuelas que sólo sirven para hacernos dar vueltas.  
Juan piensa que la Iglesia, en el fondo, toma su origen del costado  
traspasado de Cristo, incluso de otra forma distinta a como se ha  
expresado hasta ahora. Indica que de la herida del costado brotaron  
sangre y agua.

(SANGRE-AGUA/BAUTISMO-EUCARISTÍA) Sangre y agua  
representan para él los dos sacramentos fundamentales, eucaristía  
y bautismo, que, a su vez, significan el contenido auténtico de la  
esencia de la Iglesia. Bautismo y eucaristía son las dos formas como  
los hombres se introducen en el ámbito vital de Cristo. Porque el  
bautismo significa que un hombre se hace cristiano, que se sitúa  
bajo el nombre de Jesucristo. Y este situarse bajo un nombre  
representa mucho más que un juego de palabras; podemos  
comprender su sentido a través del hecho del matrimonio y de la  
comunidad de nombres que se origina entre dos personas, como  
expresión de la unión de sus seres. El bautismo, que como plenitud  
sacramental nos liga al nombre de Cristo, significa, pues, un hecho  
muy parecido al del matrimonio: penetración de nuestra existencia  
por la suya, inmersión de mi vida en la suya, que se convierte así en  
medida y ámbito de mi ser.

La eucaristía significa sentarse a la mesa con Cristo, uniéndonos  
a todos los hombres, ya que al comer el mismo pan, el cuerpo del  
Señor, no sólo lo recibimos, sino que nos saca de nosotros mismos  
y nos introduce en él, con lo que forma realmente su Iglesia.

Juan relaciona ambos sacramentos con la cruz, los ve brotar del  
costado abierto del Señor y encuentra que aquí se cumple lo dicho  
por él en el discurso de despedida: me voy y vuelvo a vosotros  
(/Jn/14/28). En cuanto que me voy, vuelvo; sí, mi ida —la muerte en  
la cruz— es también mi vuelta. Mientras vivimos, el cuerpo es no  
sólo el puente que nos une unos a otros, sino la frontera que nos  
separa y nos relega al ámbito impenetrable de nuestro yo, de  
nuestro ser espacio- temporal. El costado abierto se convierte de  
nuevo en símbolo de la apertura que el Señor nos ha proporcionado  
con su muerte: las fronteras del cuerpo ya no le ligan, el agua y la  
sangre de su costado inundan la historia; por haber resucitado, es  
el espacio abierto que a todos nos llama. Su vuelta no es un  
acontecimiento lejano del final de los tiempos, sino que ha  
comenzado en la hora de su muerte, cuando al irse se introdujo de  
nuevo entre nosotros. De este modo, en la muerte del Señor se ha  
realizado el destino del grano de trigo (/Jn/12/24). Si éste no cae a  
tierra queda solo; pero si cae en la tierra y muere produce gran  
fruto. Todavía nos alimentamos de este fruto del grano de trigo  
muerto: el pan de la eucaristía es la comunicación inagotable del  
amor de Jesucristo, suficientemente rico para saciar el hambre de  
todos los siglos y que, naturalmente, exige también nuestra  
cooperación en favor de esta multiplicación de los panes. El par de  
panes de cebada de nuestra vida puede parecer inútil, pero el  
Señor los necesita y los exige

Los sacramentos de la Iglesia son, como ella misma, frutos del  
grano de trigo muerto. El recibirlos exige de nosotros que nos  
introduzcamos en ese movimiento del que ellos proceden. Exige de  
nosotros ese perderse a sí mismo, sin el que es imposible  
encontrarse: «El que quiera guardar su vida la perderá; pero el que  
quiera perderla por mí y por el evangelio, la encontrará». Estas  
palabras del Señor son la fórmula fundamental de la vida cristiana.  
En definitiva, creer no es otra cosa que decir sí a esta santa  
aventura del perderse, lo que en su núcleo más íntimo se reduce al  
amor verdadero. De esta forma, la vida cristiana adquiere todo su  
esplendor a partir de la cruz de Jesucristo; y la apertura cristiana al  
mundo, de la que tanto oímos hablar hoy día, sólo puede encontrar  
su verdadera imagen en el costado abierto del Señor, expresión de  
aquel amor radical que es el único que puede salvarnos.

Agua y sangre brotaron del cuerpo traspasado del crucificado.  
Así, lo que es primordialmente señal de su muerte, de su caída en el  
abismo, es, al mismo tiempo, un nuevo comienzo: el crucificado  
resucitará y no volverá a morir. De las profundidades de la muerte  
brota la promesa de la vida eterna. Sobre la cruz de Jesucristo brilla  
ya el resplandor glorioso de la mañana de pascua. Vivir con él de la  
cruz significa, pues, vivir bajo la promesa de la alegría pascual.

*JOSEPH RATZINGER  
SER CRISTIANO  
SIGUEME. SALAMANCA-1967. Págs. 99-106*

**EL SEÑOR HA RESUCITADO VERDADERAMENTE**

**MEDITACIÓN PARA EL DÍA DE PASCUA**

¡Qué conmoción sacudiría al mundo si leyéramos un día en la prensa: «se ha descubierto una hierba medicinal contra la muerte»! Desde que la humanidad existe, se ha estado buscando tal hierba. Ella espera una medicina contra la muerte, pero, al mismo tiempo, teme a esa hierba. Sólo el hecho de que en una parte del mundo la esperanza de vida se haya elevado de 30 a 70 años ha creado ya problemas casi insolubles.

La iglesia nos anuncia hoy con triunfal alegría: esa hierba medicinal contra la muerte se ha encontrado ya. Existe una medicina contra la muerte y ha producido hoy su efecto: Jesús ha resucitado y no volverá ya a morir. Lo que es posible una vez, es fundamentalmente posible y así esta medicina vale para todos nosotros. Todos nosotros podemos hacernos cristianos con Cristo e inmortales. ¿Pero cómo? Esto debería ser nuestra pregunta más viva. Para encontrar la respuesta, debemos sobre todo preguntar: ¿cómo es que resucitó? Pero, sobre eso, se nos da una simple información que se nos confía a todos: él resucitó porque era no sólo un hombre, sino también hijo de Dios. Pero era también un hombre real y lo fue por nosotros. Y así sigue, por su propio peso, la próxima pregunta: ¿cómo aparece este «ser-hombre» que une con Dios y que debe ser el camino para todos nosotros? Y parece claro que Jesús vive toda su vida en contacto con Dios. La Biblia nos informa de sus noches pasadas en oración. Siempre queda claro esto: él se dirige al Padre. Las palabras del Crucificado no se nos refieren en los cuatro evangelios de un modo unitario, pero todos coinciden en afirmar que él murió orando. Todo su destino se halla establecido en Dios y se traduce así en la vida humana. Y siendo así las cosas, él respira la atmósfera de Dios: el amor. Y por ello es inmortal y se halla por encima de la muerte. Y ya tenemos las primeras aplicaciones a nosotros: nuestro pensar, sentir, hablar, el unir nuestra acción con la idea de Dios, el buscar la realidad de su amor, éste es el camino para entrar en el espacio de la inmortalidad.

Pero queda todavía otra pregunta. Jesús no era inmortal en el sentido en el que los hombres deseaban serlo desde tiempos inmemoriales, cuando buscaban la hierba contra la muerte. Él murió. Su inmortalidad tiene la forma de la resurrección de la muerte, que tuvo lugar primero. ¿Qué es lo que debe significar esto? El amor es siempre un hecho de muerte: en el matrimonio, en la familia, en la vida común de cada día. A partir de ahí, se explica el poder del egoísmo: él es una huida comprensible del misterio de la muerte, que se halla en el amor. Pero, al mismo tiempo, advertimos que sólo esa muerte que está en el amor hace fructificar; el egoísmo, que trata de evitar esa muerte, ese es el que precisamente empobrece y vacía a los hombres. Solamente el grano de trigo que muere fructifica.

El egoísmo destruye el mundo; él es la verdadera puerta de entrada de la muerte, su poderoso estímulo. En cambio, el Crucificado es la puerta de la vida. Él es el más fuerte que ata al fuerte. La muerte, el poder más fuerte del mundo, es, sin embargo, el penúltimo poder, porque en el Hijo de Dios el amor se ha mostrado como más fuerte. La victoria radica en el Hijo y cuanto más vivamos como él, tanto más penetrará en este mundo la imagen de aquel poder que cura y salva y que, a través de la muerte, desemboca en la victoria final: el amor crucificado de Jesucristo.

*JOSEPH RATZINGER  
EL ROSTRO DE DIOS  
SÍGUEME. SALAMANCA-1983.Págs. 84 s.*